

**CUENTO N° 234**

**TÍTULO: HIJO**

**SEUDÓNIMO: ELVIS**

## **Hijo.**

## **Seudónimo: Elvis.**

El gato llegó a nuestra casa un soleado 1 de enero. Ese día nos despertamos y encontramos un gato de color blanco durmiendo en nuestra cama. Fue extraño, porque estaba durmiendo como si esa cama hubiera sido siempre suya. Como si nosotros hubiéramos sido siempre su familia. Como si nuestro hogar hubiera sido desde siempre su hogar. Nunca supimos bien cómo fue que entró a la casa, ya que esa noche todas las puertas y todas las ventanas se encontraban cerradas con seguro. Mi esposa dijo que fue un milagro, porque siempre habíamos querido tener un hijo y nunca habíamos podido tenerlo. Este es nuestro hijo, dijo ella, mientras lo sostenía entre sus brazos como a un bebé. Y así lo llamamos: hijo.

El gato hijo era un gato muy cortés, apenas arañaba los sillones y siempre tenía una mirada solemne. Todas las noches se acostaba con nosotros y ronroneaba fuerte, como el motor de algún auto de carrera. Le gustaba mucho mirar por la ventana y tomar el sol hasta sumirse en un sueño caluroso y espeso. A veces era indiferente y otras veces era sumamente cariñoso. Odiaba a los otros gatos que osaban pasar por el patio de la casa. Amaba perseguir polillas y luego comérselas mientras saboreaba su victoria. No sabíamos cuándo había nacido el gato hijo. Pero por sus características sospechábamos que era cáncer con ascendente en piscis y luna en leo. El gato hijo era un gato muy sensible, y con esta sensibilidad comenzó, poco a poco, a transformar nuestra casa en un lugar distinto.

Creo que hasta entonces, mi esposa y yo no nos habíamos dado cuenta de lo mucho que necesitábamos compartir nuestra existencia con otro ser vivo. Cuando jóvenes habíamos tratado de tener hijos, pero nunca lo habíamos conseguido. En algún momento de nuestras vidas, simplemente lo dejamos de intentar y aceptamos que solamente seríamos nosotros dos. Esto nunca fue un impedimento para ser felices, al contrario, habíamos sido inmensamente felices. Sin embargo, a

veces, sobre todo después de un día de demasiada alegría, en el momento en que las luces se apagaban para ir a dormir, la casa se sentía demasiado silenciosa. Cuando eso pasaba, nos tomábamos de la mano y nos abrazábamos hasta quedarnos dormidos.

En este mundo, que tantas veces es un desierto, al menos nos teníamos el uno Al otro.

Con la llegada del gato hijo, nos convertimos en una familia y fuimos aún más felices de lo que éramos antes. Cantábamos por las mañanas, paseábamos por las tardes, soñábamos por las noches. Lo disfrazamos para Halloween, nos sacamos fotos familiares, celebramos sus cumpleaños. Nos enojamos cuando quebró algún vaso y lo retamos cuando nos arañó los brazos mientras lo bañábamos. Luego, hicimos las paces gracias a algún tarro de atún, o nos dormimos los tres abrazados alguna noche de invierno mientras mirábamos una película familiar. Lo vimos crecer. Tener pololas. Tener amigos. Tener enemigos. Lo vimos perderse, lo buscamos por noches enteras, lo llamamos por las calles sosteniendo su plato de comida entre nuestras manos, lo vimos llegar todo rasguñado después de alguna batalla callejera.

Vimos cómo fue pasando la vida a través del gato hijo. Y nosotros también nos fuimos volviendo más grises, más arrugados, más somnolientos. Y descubrimos que el tiempo pasa de manera distinta cuando somos tres seres vivos compartiendo la existencia. Y así pasaron muchos años.

Hasta que un día el gato habló. Sucedió una mañana mientras los tres tomábamos desayuno en la cocina. Su primera palabra fue: Adiós. Los dos gritamos cuando lo escuchamos. Su voz era grave, profunda, muy distinta a su maullido agudo e infantil.

Él volvió a repetir: adiós. Y esta vez agregó: tengo que irme y no me gustan las

despedidas. Le preguntamos que adónde se iba y nos dijo que se había enamorado de la gata jaspeada de la casa del lado. ¿La gata a la que le falta un ojo?

Preguntamos los dos a coro. Él solamente respondió con un categórico: sí. Y así, sin más, lo vimos salir por la puerta sin mirar atrás. Tan repentinamente como había llegado, se fue.

Los días que siguieron fueron muy tristes. Mi esposa lloraba como un alma en pena por la casa y yo me quebraba cada vez que me topaba con alguno de sus ratones de juguetes tirados por el piso. El tiempo es implacable y se va llevando todo consigo. Ahora las fotos familiares, las canciones y los recuerdos estaban llenos de nostalgia y dolor. Parecía que el presente no valía nada y que la verdadera vida ya hubiera pasado hace muchos, muchos años atrás. Por suerte, todas las noches, cuando la casa estaba más vacía y más silenciosa que nunca, siempre podía contar con el abrazo de mi esposa. Y así, abrazados en la oscuridad, parecíamos dos astronautas flotando en el espacio, absolutamente solos y lejos de cualquier tipo de civilización.

Hasta que un día nos encontramos con hijo mientras caminábamos por la calle. Estaba con su esposa y con cuatro pequeños bebés idénticos a él. Lo saludamos con la mano y él nos hizo un gesto con su cola. Se veía sucio, cansado, hambriento.

Su nueva casa era ahora una caja de cartón. No supimos bien qué hacer, y seguimos nuestro camino, nerviosos e inquietos. Estuvimos en silencio mucho rato hasta que mi esposa comenzó a sollozar.

Esa noche no dormimos nada. La imagen del gato hijo junto a su familia no nos

dejaba conciliar el sueño. Nuestro insomnio fue interrumpido por un trueno. Y de pronto, la lluvia torrencial. Los dos nos levantamos rápido, ni siquiera nos dijimos algo, ambos sabíamos lo que debíamos hacer. Nos vestimos y salimos rápido de la casa. Caminamos hasta el lugar donde esa misma tarde habíamos visto al gato hijo.

Sin embargo, no los encontramos por ninguna parte. Buscamos y buscamos, pero nunca aparecieron.

- No debimos dejar que se fuera – Dijo mi esposa.

- No había nada que pudiéramos hacer. Tarde o temprano tenía que ir a descubrir el mundo. – Le dije yo.

- Pero, era nuestro.

- No, nunca fue nuestro, nadie es de nadie.

- Miau - dijo el gato Hijo.

Desde debajo de un auto se asomó él con sus acompañantes. Estaban todos empapados, temblando de frío. Los envolvimos en una manta y nos fuimos de ahí.

Desde entonces que nuestra casa no está nunca silenciosa. Siempre hay gatos maullando, gatos corriendo, gatos jugando. Volvieron las carcajadas, el árbol de Navidad lleno de regalos, los abrazos grupales. Ahora somos muchos durmiendo en una misma cama, casi no cabemos. Y aunque a veces los gatos ocupan todo el espacio y no me dejan moverme mucho, siempre antes de dormir, estiro la mano y alcanzo la de mi esposa. Nos decimos buenas noches en la oscuridad, y sé por su tono de voz que se siente contenta. Ya no nos sentimos flotando en el espacio.

Nos sentimos en la tierra, nos sentimos en el lugar más hermoso que ha existido en la tierra.

////////////////////